

EBEL BARAT

Una avanzada al Norte

Escandinavia. Islandia.

Los extremos son, quizás, balcones hacia la nada o el infinito. Dos bienes tan inscriptos como misteriosos, siempre buscados. Incuestionables, ajenamente íntimos.

Ir hacia el norte, y aún más, hacia el sur lejanos, hacia el desfondado cielo, o la profundidad última del mar o de la tierra, Cristóbal Colón, Verne, Asimov y tantos otros mediante, es vocación del hombre desde siempre. Y la historia es, también, una crónica de esas “excursiones”.

Los países que visitamos lejos están ahora de tales extremos pero en sus oscuros bosques, en sus aguas desplegadas, en sus planicies, en sus emplazados volcanes sigue soplando ese aire de lejanía que los mantuvo distantes de los “familiares” del “centro” del mundo.

Ellos mismos se han ocupado tanto de domesticar la desmesura del espacio como de conocer los misterios de esos otros países del sur superpoblado, comerciando, explorando y, eventualmente, abocándose a arrasar.

Recuerdo una serie de la primera televisión que llegó a la Argentina que se llamaba “Los Vikings”. La única imagen que conservo es la de un grupo de gigantes vestidos con ropas de caballeros medievales, con sus grandes espadas, entre los que uno de ellos arrancaba un árbol de la tierra con sus propias manos.

Aquella vez le pregunté a mi madre si tal proeza era posible y ella me respondió que los vikings eran fortísimos y que quizás lo podrían hacer. Poco apegado a separar el pasado del presente, como tanto niño, me atraían esos extraños titanes y llegué a pensar que componían otra especie, como los gigantes de la mitología. No atinaba a situarlos en ninguna moral, salvajes como se los veía, y me preguntaba si eran “buenos” o “malos”. No creo que me hubiera atrevido a dilucidarlo conociéndolos personalmente, con semejante fiereza y poder en el cuerpo. En todo caso, ahí quedaron labrados mis vikings, tan altos como estatuas.

Ni tan alta, ni tan salvaje, lo cierto es que no vimos gente de costumbres muy diferentes a las nuestras, pero el aire rebotante, las ciudades claras, los abismos frente al mar, los bosques oscuros, la bruma de la tarde gris, el pesado frío, han sido materiales indispensables para las largas sagas donde habría tanta sangre como damas, dioses y espadas.

Por ahí andará Snorri Sturluson fascinando a Borges cuyos viajes se iniciaban en la biblioteca y terminaban modificando el desierto. Borges, que volveré a nombrar, metido entre las metáforas y las lenguas del norte. O el caballero de las hermosas piernas, imponente en su caballo grueso y rampante. Hablo de Leifur Eiriksson que supo lo que era Groenlandia y América del Norte y que en el valle sísmico del “parlamento” se lo dijo a alguna dama.

“Por ahí” pasó el “microbio” llevándonos con su brío celeste. Un poco de Dinamarca, de Suecia, de Finlandia, de Noruega e Islandia...y porque de la tierra emana el alma, y porque, como en tanto lugar, abunda la belleza, hacia allí fuimos, entre muchos, y, por supuesto, nos abocamos a lo que hace el viajero cuando puede: contemplar y conversar...





En la vereda del boulevard Andersens mi hijo se asoma al cerco que bordea al Tívoli.

¡Qué palabra!

Yo creo que aquel (¡mismo!!!!) cuerpo la traía inscripta, tal vez de alguna novela de Vicki Baum o de alguna película de agentes secretos. El Tívoli es un buen lugar para historias policiales.

Aquel mismo cuerpo pasó con 27 años por esta misma verja y sintió un cansancio parecido.

Manida cuestión: ¿cómo se verían el uno al otro?, digo, ambos cuerpos: el que reconoce lo que fue antes y el que advierte lo que será dentro de...

Me pregunto qué le provocaría a ese cuerpo joven si atinara a adivinar la edad del otro que reconoce como venidero.

¿Asco, aprensión, piedad, ternura, respeto, angustia, desilusión?

En todo caso el pasado nada tiene que ver con el futuro dentro de esos registros que damos en llamar tiempo. Nada podía saber aquel cuerpo de lo que devendría con él pasados, digamos, treinta años.

Y es inevitable hablar de eso que se presenta como una amenaza, porque está más medido, porque se lo conoce más y porque (lo peor de todo) comienza a escasear.

Parece injusto provocarles a los demás tanta angustia, tanto compromiso, con la exposición de los achaques que delinea, paciente, el paso del tiempo. Da como para no ser duros con los padres del gran Siddhartha, al que tenían aislado de todo lo que lastima la belleza, que es casi decir la juventud.

El cuerpo de ahora, o sea, yo, sabe algunas cosas de aquél que lo mira sobre la misma vereda en que mi hijo se asoma a la reja para ver el parque florido, minucioso, prieto y lleno de juegos elegantes, capaces de provocar gritos y adrenalina.

Yo no le digo más nada a ese muchacho fibroso que sigue con nosotros, expectante, de ceño eternamente fruncido, algo áspero, y termina yéndose con sus nervios, su delgadez y su hambre por las calles hacia la magia de aquel Nyhavn o hacia la incompreensión de la bella sirenita (ahora está la otra estatua: su “ugly” sister un poco más lejos).

No le digo nada mientras pienso qué es lo que me van a decir a mí esos lugares cuando, dentro de un rato nomás, los vuelva a ver.





Mi hijo sigue espiando, creo que convenciéndose de que no vale la pena entrar.

Los dos nos reímos a carcajadas cuando vemos precipitarse hacia abajo, en línea recta sobre un eje, la plataforma donde están las personas sentadas y aulladoras que pagaron ese juego.

Y el campo...siempre el campo.

No sé si me los busco o si siempre me está buscando desde que mi viejo insistiera con su hermosura y sus riquezas. Los trigales.



Los trigales rendidos y rechonchos entre los bosques.

Parecido a Chile, le digo a Juan. Pero más plano y amplio, claro. Es agosto y el trigo está “sazonado”, listo para la trilla. Por ahí anda una Klaas haciendo su delicado trabajo, como en Las Aguadas y como en tanto campo nuestro. ¿En qué se parecerá su conductor a mi Ricardo Pellegrini con su obsesiva Klaas dejándome contento con el trigo compatriota?

Y los bosques que le dan el ondulante marco a los lotes del trigo rubio, casi blanco, como tanto pelo que ya hemos encontrado en Copenhague.

Abetos, pinos, tal vez cedros, y unaschilcas. No, claro, se le parecen, pero estas se ven más verdes y turgentes. Hay abedules, álamos y otros que no conozco. A algunos se los ve apurados por arrojarse al desfiladero del otoño. Y fracturan, con sus tímidos pardos y sus ocre anémicos, la ondulada masa verde.



-¿Esta fragata era un hostel?-

-Sí, lo era, y aún sigue siéndolo-

-Ah, mire. Hacer treinta años yo paré aquí, ahora la reconozco. En especial porque tiene el casco metálico. Usted probablemente no había nacido-

-Pues faltaba muy poco. Casi nacido, le diría-

Está frente a la isla que hace de ciudad vieja, estacionada como cuando me hice amigo de aquel austríaco que se lastimó tanto en los baños cortándose con las puertas de las duchas.

Contemplo la ciudad que arranca exclamaciones de Juan. Tal vez reconozco algunas cosas. Pero no. Es evidente que por aquí anduvo algún otro que me ejercía por aquel momento.





Pero no tiene carácter. O ese es su carácter, dice.

Es ecléctica. Parecen no haberse decidido por ninguna arquitectura. Francesa, vienesa, italiana, española, rusa...no sé. De todo un poco, pero más bien clásica...y rica. El palacio real bien podría ser de Italia. Esa cúpula de Praga. Y esa otra bizantina.





¿Y los ávidos hoteles funcionando en los elegantes edificios tradicionales?

Ricos, fundamentalmente eso.



Las flores aquí y allá. “Lleve la que quiera”, reza un cartel. Unas corpulentas abejas se afanan sobre una variedad azulada.

En un prado alternan manzanos cuyos frutos aún están verdes. A las mesas algunos descansan o conversan. Cerca se ven los canteros donde se reproducen las hortalizas y, un poco más lejos, los grandes árboles del parque que rodean el huerto: castaños, robles, arces, abedules y coníferas. Un gran silencio guardado por las aguas del mar que pasean alrededor de las costas, remolcando embarcaciones al acaso.







Qué hermoso, dice.

-Propiamente un edén-

-¿Serán conscientes del lugar donde les tocó nacer y criarse?-

Seguramente podrían dar cuenta de eso. Les bastaría comparar sus países con los otros. Un ejercicio que, como todos, harán. Y de eso se trata al afirmar alguna verdad....de comparaciones. Tal vez la más lógica y frecuentada manera de “cercar” la verdad.

Pero el invierno ha de ser muy duro, agrega. Y remata: difícil para los que no son de aquí.

Calma y silencio en el Djurgarten, frente al agua detrás de la que se alinean los rumbosos edificios.

Humedad y árboles.



En el metro, a la vuelta del paseo, dos gitanas desgredadas cantan un son de “ayes” con reminiscencia india. La gente permanece indiferente a esa “sutil” manera con que le faltan el respeto.

¡Qué curioso! Aquí parece ser la tierra la que se echa sobre el mar. Aquí la tierra se ocupa de sí misma y el mar apenas se insinúa con una distante timidez.

No se respira el aire de la marinería. No es el mar el que se mete tierra adentro, cincelandos los corazones y los rostros.

A dos metros de las costas van los prados y los trigales camino de la agricultura. Todo es granja y establo. Y, si no, bosque. Apenas hay alguna lancha, un poco pordiosera, donde la tierra deja que se meta el mar, a condición de que permanezca taciturno.



¿Será así este mar tan vasto y lejano? ¿Rezará arrodillado como la mujer que representa? ¿A cuál de estas costas habrá llegado la niña a la que aquella alemana de la película le cedió la fuga? ¹

La bandera de Suecia es azul y amarilla. La otra bandera de Suecia son sus campestres casas de madera, todas bordó ribeteado de blanco.

1 Referencia a la película alemana "Barbara", dirigida por Christina Petzold- El film narra la historia de una médica que cede su lugar a una paciente para que pueda fugarse de Alemania Oriental durante los años ochenta.



Umea...”Úmeuo”, practicamos la fonética de la ciudad alejada con su boreal estación de trenes, como un referente del vínculo, de que está atada al mundo por los rieles, aparceros y brillantes, que se van horizonte afuera.



-Este barrio parece comunista-

Nos enteramos de que se hizo hace más de cincuenta años, después de un gran incendio que se llevó las casas de madera. Y ahí se alejan las veredas delineando, como en tanto vecindario del este, sus austeros cuadriláteros.



Cruzando el Hume, hay un barrio donde están las otras, las casas ricas jalonando los caminitos húmedos y coquetos.



Son grandes planicies donde los bosques, siempre jóvenes, se difunden aquí y allá. El bosque boreal. Un émulo modesto de “nuestro” tremendo Amazonas.

Siempre iguales, “a un tiempo recios y hermosos” los troncos encalados de los abedules.

Kemi se llama este otro, el río de la nueva Rovaniemi. Nueva para nosotros, y nueva después de los alemanes que se ocuparon de incendiarla completita.

El Kemi es translúcido. Y ¡oh señores!, de aguas templadas donde cualquiera puede bañarse. No traemos shorts sino... ¡adentro! Y eso que por aquí pasa el círculo polar ártico. Semejante nombre para terminar siendo invisible y calentito.



-Pero la temporada no es ésta; es la de invierno-

-No entiendo cómo puede ser, si los días han de durar tan poco-

-Y...a las diez saldrán todos corriendo, desenfrenados y brillantes, hacia los trineos y los esquíes...para volver, opacos y molidos, a las cuatro de la tarde -

-¿Así de grandes son los alces?-

-Sí, y por suerte no se extinguieron- ¡Qué animal imponente! Y grave (maldito adjetivo que, por culpa de Bolaños, me frecuenta tanto). Mucho menos modesto que los pequeños renos: carne, cuero y tracción para los hombres de las planicies heladas.

Y alas para Papá Noel que arranca de aquí para repartir sus regalitos

Si se quedara en casa... calculo que sería más o menos lo mismo, pero a los lapones ha de gustarles ver mundo.

El sauna huele a fuego de madera de pino. Es fuerte, de grandes tablones, y da al río que, por la ventana, exhibe una isla hecha verde melancolía. Además hoy llovizna y la luz es gris.

Adentro de la islita hay un refugio y se vende. No es caro, nos dice el hombre encargado del sauna desde el que contemplamos las aguas silenciosas que ya no traen salmones. Y por suerte tampoco guerra con su ígnea venganza.

El compañero de sauna es de República Checa. Entró desnudo y callado. Hosco. Ha dejado a su novia fuera, bajo la humedad y el frío, y nos dice que este sauna le va a salir caro. Más o menos igual en todos lados, pensamos. Después dice que este sauna está frío. Y que él y sus amigos han llegado a calentar el suyo hasta 120 grados.

De República Checa, les dije. Pienso... ¿más o menos igual en todos lados?





Qué pasa con tanto espacio, tanta verdura y tanto silencio, trizados por la punta de alfiler hecha con apenas dos cuadras de mercado, pubs y restaurantes, en el “centro” de la abierta Rovaniemi. Dos cuadras donde pasa toda Europa en cada uno de los negocios ...para que nadie se olvide.



Voy a decirle cómo es un fiordo.

Un fiordo es una entrada profunda y estrecha del mar entre las tierras altas, entiéndase montañas. Como esa penetración se aleja del gran cauce, las aguas suelen estar tranquilas, casi espejadas y más bien parece que se estuviera frente a un gran lago. Además, como hablamos de montañas hay lugares en que los árboles, los pinos, los renos y las personas se abisman sobre el espacio, así como, calculo, le pasa a mi amigo Guillermo Hollidge cuando ejecuta una “tumba carnera”.

Probablemente usted ya sabría lo que he ensayado explicar. Pero, téngame paciencia. Recién hoy he dejado de imaginar cómo era un fiordo para verlo de cuerpo presente y necesitaba decírselo. Tengo cincuenta y siete y considere que he andado bastante, y bastante atento a las bellezas que esta tierra, discreta, recia, valiente y hermosa, como las mejores mujeres, no deja de ofrecer. Y es una mujer. Yo, que me siento cumplido porque siempre he estado tratando de hacerle el amor, le digo que por aquí se ha “arreglado” como para un acontecimiento de extraordinaria importancia y solemnidad. Una boda real, digamos. Tan imperturbable y magnífica se la ve. A la tierra, digo.

Alguna vez le he comentado a mi hijo, que ahora me acompaña, que salir a correr es una manera de hacerle el amor a la que ejerce de mujer en ese lugar.

Y ahora me imagino la cosquillita que, ínfimamente, deberá sentir cuando alguien le aplica los puntudos pasitos del trote. También me imagino cómo sería el efecto (por no llamarlo de otra manera) cuando arranca una maratón y esos pellizcos se multiplican, digamos, por cien mil. ¡Qué hermoso verle la cara! Pero habría que irse, por lo menos, hasta la luna. Ya llegará el momento.





Al entrar en Noruega, que aquí no tiene más de cincuenta quilómetros de ancho, las casas se empezaron a poner grises, casi color acero (¿serán más adustos los noruegos que los suecos?). Siempre con sus ribetes blancos donde se juntan las paredes entre sí, y con los techos.



-Estoy cansado. Hace cuatro días que vengo caminando por la montaña. Me vine para huir de mi cumpleaños. Eso sí, tengo novia. Yo soy de Bergen, la ciudad más linda de Noruega-

-No vamos a Bergen, lamentablemente. Mañana nos vamos a Trondheim y después a Oslo-

-Lástima-

-Sí-

-¿Saben cuántos años tengo?-

-No-

-Cumpló ochenta-

-Parece menos-

-Hace cuatro semanas llegué de Mongolia. Qué inteligente es la casa de los nómades. El Yurt-

Es alto, atlético, tiene el escaso cabello teñido. Ojos azules, algo velados. Bebe una cerveza y se lo ve exhausto. Dice que en Niagara Falls conoció a un argentino, como nosotros, al que le gustaba manejar y que ya había ido y vuelto cuatro veces desde la Argentina. Dice que tenía mujer pero que no viajaba con ella. Era especial ese tipo, agrega con la sonrisa ladeada mientras evoca al hombre parecido a Anthony Quinn, según nos ha dicho. Nos repite que tiene novia, que va a venir con ella y que el camino hasta Trondheim es hermoso.

Es en Narvik, donde la ciudad no se termina de echar al agua porque le deja lugar al ferrocarril y al puerto laborioso y despreocupado de la belleza que lo ronda. Más bien atento al cúmulo de mineral de hierro que tendrá que salir por las aguas industriales y aplicadas a las “cosas importantes”.

Como en Rosario, hace tantos años.

-La gente vino a laburar. No habría tiempo para otra cosa-

-Ahora parece que sí. Mirá, ahí están los medios de elevación de una pista de esquí. Y fíjate qué lindo es ese bulevar cerca de la costa que se ve bastante nuevo-

Narvik, 68 grados de latitud norte. Hay lugar para las flores, el sol y dos mochileros que siguen el camino del mar.









Alguien dijo hace no demasiado tiempo, que el mar había sido avasallado por la laboriosa agricultura y que las praderas y los trigales sazonados, apenas le dejaban los rincones escondidos para que se instale en un dócil silencio.

No sé quién habrá sido.

Aquí no es así. Aquí el agua entra su calmo poderío hasta la profundidad de la tierra. Pero, sin embargo, ésta apenas cede lo justo y necesario para dejar claro que, también, en este mismo espacio, el trigo caliente, las pasturas y los bosques no dejan de entonar su profundo canto luminoso.

Y, además, ahí abajo, en el puerto, suele verse cómo se vierte el tintineante mineral sobre las norias y los canjilones para que los fierros grandes sucedan recios aquí y allá.

Narvik, 68 grados y la mina gigantesca en el camino.



Por aquí lo urbano tampoco decide concretarse. Y el agua con sus navegaciones, modestas, antiguas y seguras, se mezcla con los pueblos y con el ambiente agropecuario.

Entre la ruta que sigue la largura del país, como en Chile, y el mar del norte, como un desfiladero profundo y acerado, va la cosechadora trillando el trigo omnipresente, preocupada de tanto espacio, de tanto abismo.

Como en el Chile del centro y del sur, veremos casas de madera en Trondheim cuando llegemos, cuadrangulares, altas, frente a tanto día gordo en el verano y a tanto día raquítico con el frío.





Una vez, en un aeropuerto, el hombre se detuvo en otros hombres distinguidos que esperaban de pie. Todos vestían trajes. Eran altos y elegantes. Llevaban maletines. Se distinguía uno que escuchaba con atención enfundado en un excelente traje negro. Tal vez el de mejor factura.

El hombre no pudo contener la mirada que se arrastró hacia abajo. Había dos zapatos, también negros, pero con las ajaduras que solo el uso, medido en largos años, podía haber dejado. Los zapatos eran, si no mejores, tan buenos como el traje, pero enseñaban su veteranía patente en los tajos que dejaban a la vista la claridad del cuero donde el teñido no había llegado. Hará más de quince años que los usa, muchos más, pensó el hombre. ¿Por qué se aferra a ellos, todavía? Han sido, son aún, extraordinarios como esos autos viejos que se rehúsan a jubilarse aferrándose a su noble oficio.

En la ruta se siguen viendo esos autos, algunos de sesenta años tirando de una casa rodante. Otros algo “más jóvenes” entre los modelos actuales, que pocas veces son de las marcas más costosas.

Las casas rodantes van de aquí para allá enterrándose en la intensa fronda que hay por todos lados, con el agua cercana y mansa. Y la opción de sustraerse a los lujos de la hotelería.

Las embarcaciones de los amarraderos del Trondheim son sencillas, y esperan, algo añejas, muchas de ellas de madera, bajo el sol del verano. No se ven grandes yates o veleros como en... Vancouver o en tanta costa del Mediterráneo. Todos estos barcos están bien cuidados y, son, como zapato, auto y casa, nada suntuosos.

IDH... índice de desarrollo humano. Noruega: n° 1.

Y, además esta noche tendremos luna llena en Trondheim, donde se puede recordar que alguna vez este país fue “pobre”











-Pero éstos no han sido colonizadores. O lo intentaron tardíamente-

-Pero éstos no extrajeron su riqueza de otros lugares-

Sin deudas, laboriosos, metódicos para amortizar, sin ostentaciones. Noruega, índice de desarrollo humano n°1

-Sí, pero son pocos y su país es rico-

-¿Y Argentina?-

Algunas reflexiones, con número esta vez.

1- Las deudas son normalmente beneficiosas para los acreedores, en especial cuando el deudor es débil.

2- Las deudas suelen incrementar la debilidad del deudor, y restringir su capacidad de tomar decisiones.

3- Mi padre decía que hay que tener poder financiero.

4- Los créditos de bajo interés suelen otorgarse a los poderosos, salvo excepciones. Y a los socios (deseables o indeseables) de esos poderosos.

5- Los créditos a tasas mínimas también hay que pagarlos con la propia producción o, llegado el caso, entregando las pertenencias.

6- El consumo es negocio para los poderosos y una rémora para los países periféricos. Es “chic” entrar a Starbucks, donde hacen una variedad de cafés impresentables para cualquiera que sepa paladearlo.

7- Las riquezas de un país (energía, recursos estratégicos, agua) deben pertenecerle para poder disponer de ellas. Es decir para ejercer la propia libertad o lo que más se le parezca.

8- Hay que vivir con lo propio, cuidarlo (zapato, auto, casa). En muchos hoteles de Japón, suele haber ventilador y conexión a internet por cable, todavía. Japón, entendió bien.

9- Hay que hacernos cargo de nosotros mismos. La fórmula (renga por cierto) sólo puede ser hallada por nosotros mismos

10- Argentina tiene un IDH n° 50. Más o menos. No está mal pero queda margen para arriba.

Escena conocida:

Va camino de una colina donde estará su casa. Va tranquila. Es muy delgada y ha sido muy rubia. Ahora el cabello es entrecano, con hebras blancas, grises y de las originales, tan doradas. De huesos delicados. Usa una pollera larga. Apenas nos detenemos a su lado nos observa y sonríe.

Perdone señora. Necesitamos cargar combustible. ¿Dónde hay una estación de servicio?

Eg bepe bepe arrrr. ¡Yuuuuu!

¡Cargar combustible! ¡Cargar combustible!

Er bepe bepe arrrr. ¡Yuuuu! Trililín.

¿Fuel, petrol, benzine?

Er bepe bepe arrr. ¡Yuuu! Trililín. Norueguen grond paese. Benzine yeeee. Ik et ik

Señala hacia adelante y sigue sonriendo con una dulzura campestre que da ganas de quedarse con ella.

En Noruega, aunque no lo crean, hay quien no habla inglés.

Cargamos en un pueblo donde todo está en su lugar, donde el orden del día, boscoso y fresco, se cumple con la estrictez de lo cotidiano. Todo está perfectamente limpio. El silencio realza la sensación de frescura. Los automóviles son sencillos. Se llama: Tynset

De tan prolijos ya me tienen los..., dice uno que es prolijo.

Cuando volvemos a la E6 que viene con nosotros desde Narvik mostrando madera, clorofila y agua, las tres muy juiciosas, muy propias, agrestes y expectantes, la vemos de nuevo.

Camina ágil y sonríe. Va en sentido opuesto al del encuentro, hacia el pueblo.

No nos ve.

Seguro que piensa en flores o en muñecas.



El camino de Trondheim a Oslo no hace más que refrendar trigales, casas espaciadas, fronda verde oscuro, algunas iglesias de madera (que yo quiero emparentadas a las de Castro en Chiloé) y el agua que, de calma y espejada, incurre en las jurisdicciones del aceite.

La escultura.

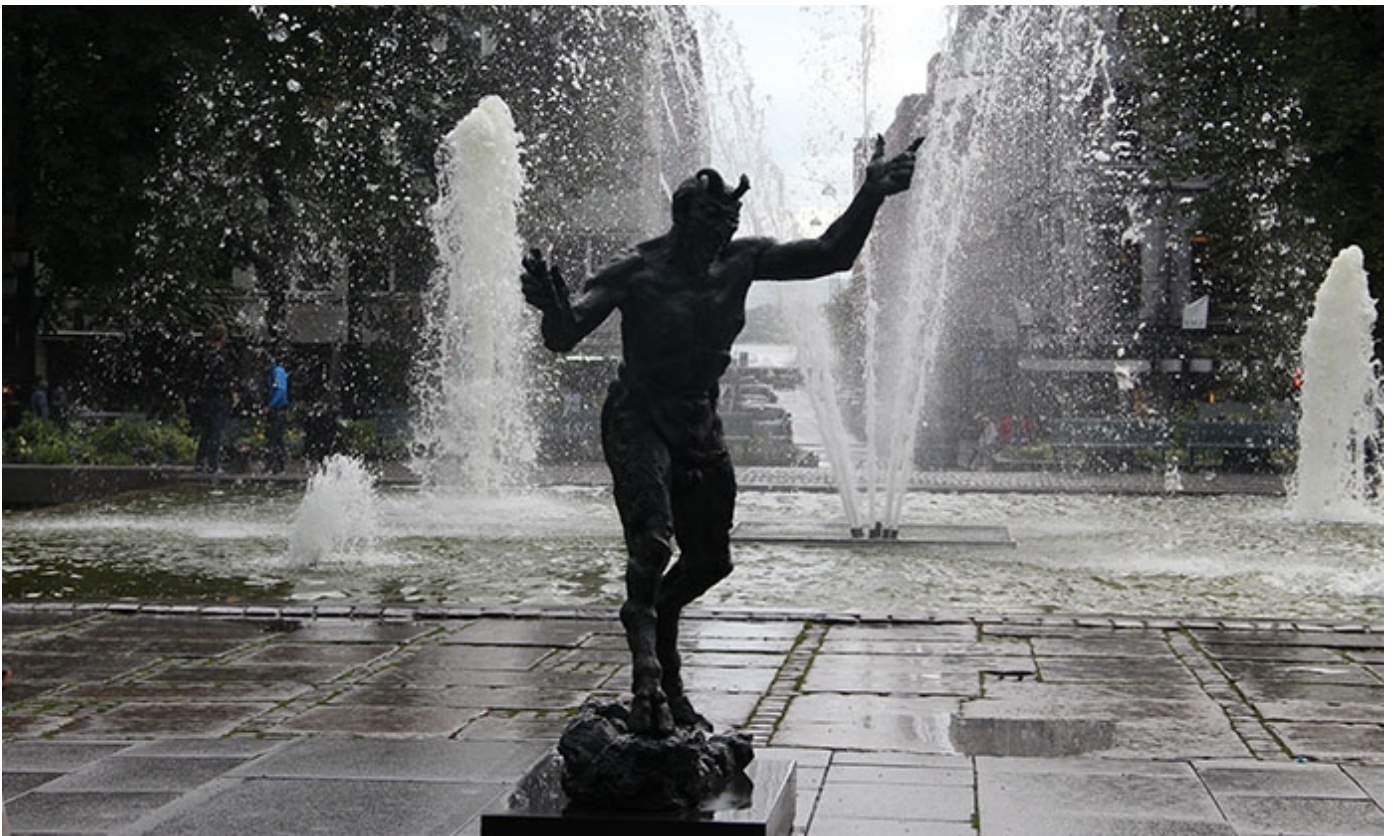
En esta Oslo, que reconozco apenas, las esculturas se integran a la vida de los días tan largos donde todos salen al encuentro, desde la estación de trenes hasta el palacio real, y después hacia el puerto.

Las esculturas tienen otro movimiento, otra cadencia. Las piernas se ven elásticas, las manos sugerentes acompañan las mudas palabras.

Igual que la gente en el verano, las estatuas salen a decir sus cosas, a jugar sus juegos, a dejar de ser retratos de retratos de retratos.

No son solemnes, no son dramáticas, no son gigantes, no señalan, los ceños no están tensos.

Casi todas las estatuas de Oslo están jugando, solitas, entre ellas o con cualquiera y, si no, están muy tranquilas con lo suyo.









-Es una ciudad-

-¿Y qué pensabas?-

Es una ciudad porque hay las cosas de una ciudad. Hay árabes, hay negros, hay orientales, Hay también muchos noruegos. Hay pibes y pibas que festejan el fin de curso, hay turistas, hay un hombre con su hijo en cochecito, dos japonesas sentadas, una al lado de la otra. Hay vendedores, hay conchetos y hay inmigrantes.

Y algún que otro vestigios de jet-set en una pareja madura vestida con los mismos colores (blanco y crema) que quiere relumbrar cerquita de la flaca en medio del agua.

-Estos departamentos en los muelles deben ser la delicia de los arquitectos. No es como Estocolmo, no tan aristocrática, pero tiene onda-

Yo coincido.





Una gran chimenea amarilla con la letra C en azul. Una sola. El niño aprendía la desmesura de lo que flota sobre la el agua infinita y densa.

Y la chimenea era el emblema de la alegría de estar dentro de una comunidad flotante. Un gran parque de diversiones y fiesta donde la comida parecía gratis. El niño junto a sus hermanos aprendió el sentido de la palabra transatlántico. Y la divisa fue una chimenea amarilla con una letra C azul, iluminada por el sol y el júbilo de la gente de acomodarse sobre el verbo ir.

La prolongación del acto de ir mientras se juega, se toma sol, se hace el amor.

El niño conoce a una niña de nueve años, judía, que lo trata de usted, y que tal vez acabe en una novela que él mismo escribirá 48 años después. Una novela amazónica de gente desmesurada con esa niña hecha mujer. Una niña que, para llegar a semejante lugar, habrá sido protegida por el Dios de los Atlantes, ¡qué otro!

Ahí está de nuevo, a la vuelta de la fortaleza en Oslo.

Costa Esmeralda se llama, y enarbola su luminosa chimenea igual a la de su tío bajito...aquel Enrico C. Éste mide, según los pasos del hombre que contempla la gente subiendo por la exigua escalera (como hace tantos años), 240 metros de largo (el hombre nos es técnico en navegaciones).



Es una mujer de unos treinta años. De rasgos recios. Con la larga convicción del esfuerzo en la mirada. Ojos advertidos y que advierten. Ojos sin esperanza, atados al trabajo que el día requiere y requerirá mientras se siga renovando.

La mujer, que parece morena e intensa, sala un recipiente con pescados.

La foto tiene la fidelidad atroz de las de esa época.

Ella llegó hasta aquí. Ella sigue aquí, en la vital emanación de una muchacha que trabajó bajo el frío del norte, sujeta al viento y a la helada ineludible. Ella, que palpita en la foto, le recuerda al hombre las “digresiones” del Retrato de Vermeer y ese problema sempiterno del tiempo. El hombre se disculpa por las menciones.

Año 1862.



La llamaré “la saladora”.

Y le sonrío desde 2014. Y le sugiero que es hermosa. Y le prometo una vida hermosa como debemos prometer los hombres.

Es en el museo de Oslo, en ese Bigdoy que tampoco reconozco, o apenas. Hay una muestra de viejas fotografías. En blanco y negro, por supuesto.

Y hay actuales. También en blanco y negro. Nunca pasan de moda.

Son retratos de gente del norte, en sus campos, en sus prados, en sus soledades. No sé por qué la palabra se compone de sol y edad. ¿Será que uno empieza a escasear y la otra empieza a abundar?

Las sacó Luca Berti, que andaba o anda en bicicleta por los países del norte llevándose en sus retratos ese paisaje que todo lo reúne: los rostros de los hombres en las cercanías de la tierra...

Él mismo posa junto a su bicicleta con la cámara a mano, y “de paso”.

¡Gracias Luca Berti!

Advertencia: aquí la tierra es joven, aquí la tierra aún está quemándose.

Está escrito en los espacios hirvientes, sulfurosos, de aguas llenas de silicatos (para mí es tan desecante como cal).

Está en la tierra solidificada después del hervor rojizo de los volcanes (cómo me gustaría una palabra española para expresar lo que expresa “gloom”) Esta vez habrá que “ darle la derecha” a los ingleses que queremos menos que a otros (para esa expresión, en español, tenemos la palabra eufemismo).

Islandia exhibe las costras ardidas, el clamor poroso de la lava solidificada que comienzan a reblandecer los líquenes, transformando cráteres en terciopelo verdoso, para después, bastante después, dejar lugar a las floraciones, que según se sabe, promueven los volcanes. ¿Será?





Andando hacia el norte de Reykiavic parece que sí.

Aparecen los prados ingenuos y vacilantes como un muchachito con traje.

Y los caballos islandeses. Y los tractores Y el henolaje, dice mi hijo (rollos de pasto cubiertos de polietileno blanco para reserva invernal).







Al “Parlamento” al aire libre llega Leifur Eiriksson con su caballo y sus ganas de saber que hay detrás del agua. La espada permanece en su vaina y el casco relumbra bajo el sol. Es alto y monta un caballo fuerte, bajo y ancho. Al acaso percibe la mirada de la dama. Se detiene gentilmente a conversar. Hablan de linajes. Ella quiere que le cuente de la largas travesías de los hombres. Él quiere saber si ella sigue aún soltera.

Es Leifur, el viking y ha llegado al “Parlamento” al aire libre. Allí en ese llano precario a donde convergen los caminos.

Y es también una feria.

Ahí cerca está la iglesia.

La iglesia que tendrá que mudarse (por aquí, justo aquí, está la gran falla con que siguen separándose América de Eurasia).

Aquí están los vendedores, los artistas, los mendigos.

Aquí los caballeros deciden que será de la tierra de nombre y día helado, y de lecho hirviente.

Es, quizás el año 1000.

Nadie sabe qué sucedió con el caballero de la saga y con su dama.







-¿Cómo calentaban las casas antes del agua hirviendo y la electricidad?-

-Con mierda seca de animales, con carbón y con lo que hubiese-

Iceland. Qué curioso

Una tierra helada que sigue quemándose y echando aguas hirvientes por doquiera (diría Sabina)

Una tierra nueva que no deja de crecer. Y, aún, de separarse.

Vea, si no, la gran falla que la desgaja y que aleja la tierra norteamericana de la de Eurasia.

Ahí está la gran frontera, la cisura con algún que otro arroyo transparente rellenándola para achicar las inquietudes.

Por eso han tenido que mudar la vieja iglesia que coronaba el medieval encuentro donde se expresaban los “parlamentarios”.

.

Hay erupciones, siempre, y la tierra cambia. Aparecen islas nuevas.

-Aquella, ¿la ve?, dicen los científicos que ya está llena de flores. Ellos son los únicos que pueden llegar.



-Che... éstos llegaron seguro a América-

-Si, salame, si América está acá mismo-

-Qué vivo, a Estados Unidos, o Canadá, digo-

-Mirá, si se bancaron esta ferocidad deben haber llegado a la luna también-

-A luna seguro, ¿viste la de anoche?-

-Sí, y me parece que alcancé a ver dos vikings (vikings no, dijo Borges, y le vamos a hacer caso)

Sos un bombón, una luna de Islandia.

Una flor de Islandia, un caballo de Islandia, un géiser de Islandia, una saga de Islandia. Un anochecer de Islandia.

Preparen los piropos señores. Casi un invento argentino.

El agua caliente sobra. Desde la tierra se mete por las cañerías. La ducha huele a azufre, dice el muchacho.

Sobra. Y si no, miren cómo solucionan ese exceso las ebulliciones de los géiseres. Y cuidado con la tierra candente.





Islandia es una de las Thules. Esas tierras del norte donde pasaban cosas asombrosas, donde Thor empuñaba su martillo, donde Leifur Eiriksson, el caballero de paso elástico, llegando a Norteamérica (la que conocemos como tal) daba material para las sagas.

Las otras son nuestras. ¿Por qué trescientos veinte mil tienen esta thule y cuarenta millones no tienen las suyas que, además, están en su misma placa tectónica, en su mismo mar del sur?

Georgias y Sandwich del Sur son las Thules argentinas, aunque tengan nombres raros. ¿Por qué no Orcadas? Otra historia con ingleses, que siempre quieren “la derecha” para ellos.

Si los patrones tienen propiedades, nosotros tendremos que tenerlas también.

Y si no que se impongan los tordos sobre los caracoles.

Porque...”no atiende ese alboroto de tordos a cuestiones de patria y de frontera”².

¿Por qué será que a los islandeses siempre le gustaron las novelas?

¿Por qué eran los reyes de la poesía cuando se paseaban por las cortes?

Como aquella mañana rumbo a Lima, ahora escribo rumbo a Akureyri, mientras el colectivo pasa entre más y más prados, ya no tan vacilantes ni ingenuos.

Se extienden en grandes planicies verdes donde creció profuso pasto, ahora almacenado en chatos y conspicuos cilindros de polietileno blanco.

Los prados, con tranquilas y esparcidas casas de techos rojos o azules, terminan en los montes minerales de perfiles suaves, salvo uno, que, a pasos de Akureyri, señala al cielo con un dedo amenazante.



2 De “Tordos y caracoles” Canción de Joan Manuel Serrat

¿Por qué reflexiones discurrirá la oveja
cuando no se aboca a su aparato digestivo?
¿A qué rincón de la pastura
apunta su alma descubierta?



-¿Cómo anda Islandia? Ya solucionó sus problemas, ¿verdad?-

-En los papeles. Sólo compran casas los muchachos, con su dinero, con un poco del de papá, con un poco del de la abuela, a largo plazo. Pero la cuota nos es más cara que la de un alquiler. En invierno no hay trabajo, solamente está lleno en el verano-

-¿Y de qué vive Islandia? ¿De la pesca?-

-Absolutamente, de la pesca. Y del trabajo de la gente. No de las finanzas. Las finanzas también viven del trabajo de la gente-

Se llama Hermann, tiene un taxi y su Guest House “Helga”, como su mujer. Trabaja todo el día y se afana por la clientela.

Islandia tal vez viva de la pesca. Pero ha arrollado el turismo. Viene un millón por año, y está creciendo. Somos 320.000, dice otro.

Islandia no tiene villas (digo yo), y la gente va despacio, muy despacio, haciéndose cargo de esta tierra que parece pertenecerles y que van a cuidar a cualquier precio. De eso seguro que saben mucho... con sus volcanes, su viento helado, sus ardores, sus historias de vikingos (ahora sí).

Islandia es joven en la vieja Europa. Su gente la hace rica. Creo que seguirá siéndolo.







Jardín botánico de Akureyri:

Y ese es un abeto. ¡Por fin lo vuelvo a reconocer!

-¿Ves? Tiene haz y envez, no son acículas como en el cedro o el pino-

-Jingle bells, jingle bells... Y esos son todos enebros-

“de rellenar grietas

con bojes tomillos y enebros...

nudos amargos crecen en tus maderas

encina verde,

que tus contornos te quieran , que te respete la muerte”³

Lindo ¿no?

Repaso con mi hijo estás cosas que empezó Linneo, tan necesarias, tan ricas.

Digresión:

En el altiplano uno de los papines es un Oxalis y no un Solanum.⁴

Mirá vos...no sabía.



³De “A una encina verde”. Canción de Joan Manuel Serrat. ⁴ Oxalis y Solanum son géneros diferentes de especies vegetales.





¿Qué sienten los discretos riachos del verano
cuando se prueban la prestada ropa de los ríos?

¿Cuánto se esfuerza la avanzada del glaciar
para afrontar el ansia de la gente?



Gullfoss. Cataratas doradas.

Se llaman así porque, durante el invierno, cuando se hielan, fulguran con el color del oro.

O porque el dueño de estas tierras que era riquísimo, al llegar a la esquina de la muerte arrojó todo su oro al agua para no dejárselo a nadie.

Más o menos lo mismo, pienso. Cosa de la tradición del norte. Por eso hubo tantos poetas por estos pagos.

El agua llega por la planicie árida y se echa en dos saltos feroces. No hay bosque alrededor. Y el rugido se desencadena rabioso, magnífico y cruel.

Dicen que nadie puede cruzar este río por las cataratas, ni siquiera a caballo. Aunque, según se sabe, había un pastor de un lado y una chica del otro. Según también se sabe, se miraban con interés y ella lo ayudaba (es difícil imaginarse cómo) a cuidar las ovejas. Al final la chica que se había enamorado le pidió que fuera por ella.

El inconsciente emprendió la hazaña. Y, lo peor de todo, lo cruzó. Aclaran que es un misterio lo que sucedió inmediatamente, pero aseguran que tuvieron abundante descendencia.

Habría que ponerle una nota amable al salto dorado, que no lo parece en absoluto. Atrás sigue ese paisaje sin fondo, rapado y ondulante.







No es “dos caballos” pero es igual de simpático. No lo guía el perro Piloto.⁵

Pilotoperro (el mío) se quedó a esperarme en Alberdi, cuidando al Paraná. Éste se tiene que conformar con el GPS. Pero él, es voluntarioso como tantos petisos. Y dispuesto. A pesar de que chillan los frenos, el “microbio” cumple con creces. Y no anda con complejos. Parece no tenerle miedo a nada. Del círculo polar no tenía ni noticias.



⁵ Referencia a “La Balsa de Piedra”, novela de José Saramago. “Dos Caballos” es el nombre del automóvil que transportaba a los protagonistas. “Piloto” es el nombre del perro que los guiaba.

Cuando miro los restos de la embarcación, cuando veo las armas afiladas por el hielo, cuando el árabe dice que eran unos mugrientos, cuando escucho los nombres hechos a los tonos del hacha y de la espada, me sigo preguntando: cómo hacían con el frío, con el viento, con el mar de la tiniebla.

En el museo de la Ciudad de Gotemburgo sigue siendo insólita esa gente escasa y navegante.

Narvik, Reykiavik, Keflavik, y tantos otros descolgándose por fiordos de la ruta R6 en Noruega, o enfrentando el espacio de acero en Islandia.

Quiere decir bahía, tal vez puerto, tal vez hogar. De allí salían los Vik-ingos, a recolectar riquezas, a recorrer, a cruzar su sangre con otros rudos y sangrientos señores del Mar del Norte.

¡Cómo para no escribir sagas!

El museo de la ciudad es una recomendación que hacen los viajeros. Se verá su historia hecha con el puerto, con el comercio, el arte y los trabajos.

Los viajeros están hoy por la cultura y se permiten recomendar también al museo de arte de Gotemburgo.

Está el gran Picasso, Degas, Matisse. Los difundidos impresionistas. Buenos escandinavos pintores del drama de la vida y de la muerte.

Y en mucha muestra, actual y valiosa, ese alto arte que fascina exponiendo lo atroz y los horrores.

En el espacioso salón Vanessa Baird exhibe dolores insoportables, recordándonos a aquéllos que exponía “nuestra” Frida Kahlo.







Y ahí está esa muchacha flaca, bella, gigante y blanca, colgada de un “caño” cabeza abajo, con una de sus largas piernas trenzada a la columna y la otra que cuelga abierta y descarada, ambas calzando sus botas de altísima plataforma. Allí, con su pezón semi-descubierto, ella, distante, gira y observa al público con desprecio, con sorda ira.

Es Kajsja Von Zeipel la escultora. Y nos parece ver esa fuerza femenina que tanto nos gusta en la obra de Tamara Lempika.



Gotemburgo se va tranquila tarde abajo, con el río Göta y su tráfico portuario, con solcito, su sidra “tirada” y tres flacos que le pusieron tracción eléctrica a su paseadero sillón de la avenida









El Tranvía que nos lleva al centro es de los más antiguos. Trabajador como los zapatos de aquel noruego. Me hace acordar (un poco) a los redondos “trolleys” que lustraban el empedrado de calle San Martín al cuatro mil quinientos



Copenhague de nuevo. De nuevo la sidra tirada, el restaurante de la segunda noche. El vino que nos sirve, después, en un bar, un muchacho argentino que me informa de la figura working visa. Vive en las afueras, en un departamento que no es una pocilga, con su novia chilena. Es muy difícil comprender el dialecto chileno, me dice.

Más tarde la inconsciencia de la juventud gastándose la última noche. En el hotel la angustia de esperar de quién ya la hubo gastado y tiene menos que gastar.

Y después esos espectros (sí señores, como siempre), uno con resaca y otro con alivio, que se siguen despidiendo para siempre en el lugar de las verdaderas despedidas, una estación de trenes. La de Copenhague, en este caso.

Y al amanecer...

